

PAPEL VERANO | SERIE



LAWRENCE OSBORNE BUSCAR A DIONISO EN UN GINTÓNIC

Ilustres borrachines (IV). El autor de 'Beber o no beber' ha saciado su sed en los lugares más hostiles con el alcohol del planeta y en hotelazos de postín. "Necesitamos un bar tanto como el oxígeno o las camisas", afirma el periodista y escritor de origen irlandés

Por Miguel Ángel Palomo

Cuando a las seis y diez toco el borde de la primera copa de la noche, me siento como Alejandro Magno, que atravesó con una lanza a su insolente amigo Clito, mientras bebían en una fiesta». Si esto va de beber, haciéndonos reconocer como humanos por el deseo, había que localizar a este pupilo aventajado de Dioniso, el dios destructor y liberador. Británico, mucho, vivo, más aún, la figura gigante de nuestro hombre siempre parece estar enfundada en traje veraniego de sastre. Lawrence Osborne acaba de pasar unos días en Villa Chada, sobre la bahía de Kamala y frente al mar de Andamán, al oeste de Phuket. Un retiro más que lujoso, mejor no fustigarse. De regreso a su libre, terrenal y abierta Bangkok, nos cuenta amablemente por qué sigue viviendo allí: «Todavía disfruto de su vitalidad y confusión.

Lo que más me gusta es el anonimato que tiene un extranjero porque nunca es soledad. Soy mucho menos anónimo en Nueva York, pero me siento mucho más solo». Así que ya estará de nuevo deambulando por su definitiva ciudad adoptiva, donde «el dandismo masculino no sólo es frecuente, sino también admirado», y a buen seguro se habrá bebido ya algún que otro gintónico más con ginebra tailandesa Iron Balls y sobre tres cubitos de hielo al atardecer: «La bebida de un vampiro».

Osborne –apellido que invita a determinismo simplón– es escritor de relatos viajeros lacerantes y de un puñado de novelas de atmósfera exótica, como *Los perdonados* o *Cazadores en la noche*, carne todas de adaptación al cine. Tuvo una celebrada columna de vinos en *Vogue*. Ha ejercido de periodista serio para las publicaciones más prestigiosas. Ha vivido en todas

partes. Y confiesa beber por ansia de trascender el yo y la maldita realidad. Un personaje de prosa cáustica, más un escritor que bebe que un bebedor que escribe, como hace poco se definía el también periodista del buen beber François Monti. Es inevitable comparar a este caballero educado en Cambridge y Harvard un poco con Graham Green y un mucho con Patricia Highsmith y Paul Bowles. Podría ser un personaje de Sorrentino invitado a una fiesta exquisitamente desubicado. Y bastante borracho.

Aunque la de *bon vivant* dionisiaco sea a sus 65 años sólo la mitad de la imagen: «Tuve que reducir mi hábito diario y mi gintónico de las 6:10 pm», confiesa. «Me veo obligado a informar que me siento más triste pero más saludable. La salud y la tristeza parecen ir de la mano». Aun así, continúa huyendo del puritanismo y abrazando el placer: «Todo el mundo lo hace, al menos durante una hora. Para algunos significa dejar salir los demonios. Provengo de una familia irlandesa donde beber demoníacamente era la norma, con efectos perturbadores. Tal vez la moderación sea la clave. Los europeos son mejores en esto que los anglosajones».

Al fin y al cabo, el gintónico lo lleva en la sangre. La bebida nacional define la decadencia de una Inglaterra que le persigue desde la infancia. Lo contó en *Beber o no beber* (Gatopardo, 2020), la entretenida odisea ética en la que se embarcó para intentar (y conseguir) saciar su sed en los lugares más hostiles con el alcohol del planeta: desde Pattani (Tailandia) a Mascate (Omán). En ella se declara en contra de la sequedad coercitiva, pues «el alcohol es el combustible del deseo». Llega a compararlo con la cocaína, ambos estimulantes de la dopamina para sacarnos del aburrimiento. En especial el vodka, «enema para el alma» y quizá la droga elaborada por el hombre más exitosa de todos los tiempos. Además de arma satánica de Occidente, como bien comprobó en su adorable Islambad, cuyos hogares se convierten en los mayores bares del mundo y donde no duda en probar la ginebra local de fresas: «¿Qué podría ser más sedicioso?».

En cada ciudad fundamentalista con el sediento acaba por hallar una barra abierta, su hábitat hasta en el inframundo. «Necesitamos un bar tanto como necesitamos oxígeno o camisas», proclama. Su bar perfecto puede ser Montero's, en Brooklyn, que «era barato, peligroso y servía bombas de vodka de cereza a tres dólares», o el Time Out de Beirut, «para adultos, no para niños gritones y moralistas. En Nueva York lo habrían clausurado». Entre sus favoritos civilizados, el hotel Saint James de Londres o el bar privado en lo alto de 1 Montague, también en Mayfair, donde «tienes que vestir como Lord Tennyson, por lo que normalmente

Osborne, con un cocodrilo disecado en el regazo y a la espera de la siguiente copa.

estás solo». En todos ellos se siente vivir a cámara lenta, distanciado del género humano, en una soledad apabullante que merecería haber sido más veces pintada por Hopper. Se pregunta por ello si el alcohol es una sustancia que separa la conciencia, si es creador de máscaras o justo aquello que nos las arranca. En el bar se normaliza la lepra social y se piensa en la muerte. Por supuesto, comparte con Kingsley Amis su alergia a los bares modernos. Entre cócteles *trinity* y *vodka martinis*, arak y vinos árabes, pasa de la nueva edad dorada de la coctelería. «Soy un tradicionalista», reconoce. «Me gusta la gente vieja de los bares, ésa que no dice nada y que parece haber vivido un poco». Sin forzarle, elogia España, «tierra de magníficos bares», y el Rioja viejo. «¿Dónde beber mejor en el mundo que en las bodegas húmedas y llenas de telarañas de López de Heredia, donde una vez probé sus vinos blancos de 50 años y donde uno nunca ve el mundo exterior?». Va a ser verdad lo de tener algo de vampiro.

Es en *El turista desnudo* (Gatopardo, 2017) donde mejor se define como nómada infatigable e ilustrado. Desentraña secretos a la vista del turismo desaforado, conceptos como la «exclusividad para masas», o a sí mismo, adorador de urbes, turista autoconsciente, ese tipo de viajero que nunca es realmente feliz porque siempre anda pensando en su siguiente movimiento. Lawrence Osborne se ve como un Crusoe contemporáneo, hedonista y presuntuoso, con el mismo anhelo utópico de trascendencia. Su ambivalente atracción por los decadentes decorados turísticos le llevó a emular a Lévi-Strauss y perseguir la total desnudez en Papúa Nueva Guinea. Pero nadie describe mejor la selva urbana asiática desde los ojos del guiri occidental: comida callejera, cirugía plástica, hoteles de lujo impersonal, sexo de pago... Y alcohol, el lubri-

Ama el Rioja: "¿Dónde beber mejor que en las bodegas húmedas y llenas de telarañas de López de Heredia?"

A sus 65 años, se ve como un Robinson Crusoe hedonista y presuntuoso. Pero ha tenido que dejar el copazo de las 18.10

cante que lo mismo hace que el borracho siempre esté ahí, «incontenible y estoico, maldito y melódico», que le aboca a sumirse en una bruma cerebral de resaca encadenada. En cualquier caso, la del señor Osborne es una búsqueda constante de «la luz pura del pleno verano», palabras de Píndaro para referirse a Dioniso, mientras liba un espumoso egipcio en copa barata. Donde sea, fuera del mundo.